

Una mirada al mundo

por Mario Enrique Figueroa

Para deletrear el infinito es el acertado título escogido por Enrique González Rojo para un libro en que nos ofrece (se siente, se percibe) lo más importante y significativo de toda su producción poética hasta ahora. Extenso poemario que versifica desvirtuando, que relata impugnando, el libro cumple la rebeldía del poeta, quien toma su oportunidad de mostrarse y expresarse, orgulloso de su desnudez entre las vestimentas (demasiado estrechas de la ignorancia, o demasiado holgadas de la insinceridad) de la gente.

En este libro González Rojo emprende el desentrañamiento poético de un vasto cúmulo de experiencias, visiones y recuerdos, que una vida sensitiva ha pugnado a lo largo de su existencia. Una existencia ahora madura en su insatisfacción, a la cual se vinculan indisolublemente, los símbolos, los signos y perspectivas de una obra laberíntica, de infinitos reductos explorados a través de los quince años que componen el libro. **Para deletrear el infinito** ha sido concebido por su autor como una extensa e intensa revaloración de la vida del poeta con un designio común a la humanidad: soportar los embates del dolor y la injusticia, preservando la esperanza y luchando porque esa se cumpla en todas sus implicaciones. Por tanto el libro de González Rojo es una múltiple alternancia de tonos, profundidades y armonías (o desarmonías), que no obstante su variedad, nunca se desligan de la fina sensibilidad del poeta.

Es sobre todo en los primeros cantos donde el autor tensa la realidad de su mundo interior, comunicándonos un desasosiego que añora imágenes poseedoras de una sutil intransigencia. Nostálgico de los orígenes, González Rojo se evoca a la recuperación del pasado más remoto (los comienzos del planeta, las cuatro estaciones, los cuatro elementos) y avanza en implacable recuento para mostrarnos con

sus primeras metáforas, la paradójica realidad de nuestro orgullo con respecto a esos orígenes: “Al zoológico vamos / para vivir mejor la diferencia / que creemos tener con nuestro origen, / aunque a continuación la festejamos / a fuerza de gruñidos”. Y: “No somos el sepulcro de las fieras. / No es posible ocultar que en lo más alto / de los cuerpos, los ilusorios límites / con nuestra propia procedencia se enmarañan”.

Poesía rebelde, amorosa, histórica y nostálgica, que revive la niñez y el amor (“Mi temporada en el cáncer”, dice Gonzáles Rojo) del poeta, así como su indignación ante Vietnam, o los errores cometidos por algunos personajes mexicanos de la política. Y nos dice: “La patria que nos dejan los de arriba, / la que, de pabellón, tiene un harapo / -como el traje preciso de un leproso- / y un buitres que devora, / sobre un corral de tunas, / la lombriz, el renglón / donde el sistema actual escribe el asco”. Es la toma de conciencia del poeta, su desgarrado despertar que se extiende sobre todo, en todas direcciones: “Cuando cumplí dos lustros /dejé de musitar esas palabras / que se hallan de rodillas, / como primera piedra de algún templo; / comprendí que la fe no es otra cosa / que clavar en la tierra un espejismo”... “A partir de ese instante / no pude creer en otro mundo: / adentro de mi cráneo, los milagros / de Jesucristo fueron también crucificados; / y no entendí hasta entonces / que el envinado dios de la cajeta / o que el agua potable / es el agua bendita ciertamente”.

González Rojo no pretende crear un absoluto o erigir una verdad incontrovertible al poetizar una extensa gama de hechos históricos y de pasiones humanas (“No he de decirlo todo; pero creo / que hay que sacar a veces los trapitos / al menos a la luna”.); es la urgente necesidad de participar, de comprometerse. Así, se suceden los cantos que conjuntan, en el vario ondular de la intensidad expresiva de los versos del autor, la gran complejidad de vivencias que han cuestionado y motivado la íntima verdad del poeta, quien perfectamente dueño de las correspondencias nostálgicas que

suponen las miradas al pasado, revierte desde su interior al mundo los lastres que éste deposita en él, pero enriqueciendo con el acto ese interior y abriéndole horizontes en la inexorable versificación de esos lastres: “A veces me sentía / triste, sin protección, como si hubiera / asistido al entierro de mi ángel de la guarda”. Y González Rojo vuelve, una y otra vez, a golpear los mayores grilletes en que nace encadenado el hombre: “Pero el poder eclesiástico / desde entonces ya lucía esa amnesia de pesebre / que hasta ahora lo acompaña. Prometeos amarraos / al risco de su parcela, los campesinos vivían / devorados por el buitre de su cadena vasalla. / El amo les permitía, poniéndolos en barbecho, / reposar algunas veces, decorar la cabecera / de su cama con los sueños del Paraíso inventado / en las Sagradas Mentiras, doliéndose de que fuese, su cansancio una sequía momentánea en la tierra”. Y en el despliegue radiante de poesía plural que es **Para deletrear el infinito**, donde la voluntad de lacerar la propia conciencia, en busca de su despertar, es inagotable, un dolor incide especialmente en la vida del poeta, mostrando una llaga que palpita doliente: “¿Y olvidar el desquicio calendario / que en el año primero del setenta, / levantó nuevamente en pleno junio, / entre el nueve y el once, el dos de octubre / mientras entraba en tratos la sorpresa / con los sepultureros?”

La poesía de González Rojo oscila entre la elemental transposición poética de la obviedad de símbolos y contingencias, y la exploración intransigente de realidades fugaces, que se tornan inextinguibles en la herencia (resaca) de dolor, indiferencia y nostalgia que conllevan. Sin embargo, en **Para deletrear el infinito** no es posible establecer grados cualitativos entre los cantos (lo que podría suponerse en razón de los diferentes temas que abordan), ya que todos nos ofrecen remansos en medio de la turbulencia verbal, porque también lo nimio tiene su lugar en la vida del poeta: “Aquí no hablaré / del tiempo que se toma el manzano / -que guarda en cada fruto / la primera desnudez de todas las parejas- / en ruborizarse, / o en dejar, con su atractivo cutis, indefensa la dulzura...” No podemos dejar de advertir que en algunos cantos estos remansos son más que

frecuentes y notorios, haciéndonos reparar en las 293 páginas del libro; pero recuperamos sin gran esfuerzo esa lanceolada gravedad expresiva, que da su tono más genuino a la obra, con poemas que reclaman advertir: "...la arrugada vejez que hay en las yemas..." en virtud de que ésta "...muestra que hemos sumergido las manos en el tiempo". Las reflexiones de González Rojo sobre el tiempo, nos brindan la oportunidad de asistir a la especial relevancia que toda poesía sincera adquiere en este sentido: "No es posible acariciar dos veces los mismos pechos. / Ni acurrucarnos en sus círculos / pensando que nuestra eternidad / tiene pezones". "Y eso nos hace ver / que no es posible acariciar dos veces idéntico placer / si sabemos / que el tiempo está palpando la epidermis, / esculpiendo su vejez a fuerza de caricias". El amor y la declinación, la fugacidad y lo perdurable, la niñez y la muerte, la sombra y la luz, contradicciones que se contienen y complementan mutuamente, en concordancia con un tiempo en que se quiebran y paralizan todos los relojes y medimos nuestra realidad (la del mundo) en la conjugación con que un acto virginal resolverá en nosotros las contradicciones. Es por ello que la filosofía, siendo el tiempo una encrucijada fundamentalmente filosófica, desliza en los versos del libro los nombres de Heráclito, Platón, Descartes, Hegel ("...casi tan complejo como el mundo"), y poemas que nos dicen: "Kant diagnóstico / el derrame cerebral / que padecen / todas las pruebas / de la existencia / de Dios".

Todo parece dispuesto a cobijarse y renacer con los versos de Enrique González Rojo, quien reconoce al hablar de su poesía: "Sé que antes y después del Che Guevara / divides tu calendario". Porque el poeta reflexiona y ejerce la autocrítica, para lograr que: "...en el papel hecho de árbol / —donde ya de éste no queda / sino el nombre de hoja— / se escuche cómo inmolan mis pies / la hojarasca de la retórica".

En esta forma la mirada del poeta ha ido ganando terreno hacia una certidumbre que no se encasilla, sino que descambia figuras y

compagina vagarosa esos desdoblamientos logrando, con finura imaginativa, hacernos participar en la intuición de la profundidad entrañable que nos oculta la superficie de la realidad. En ocasiones es sólo el cambio de una palabra en refranes populares, de lugares comunes en vertiginosa renovación de los significados: "Sufriendo remordimientos de violencia". "...despierto a las alta horas de la envidia". "Borrón y boca nueva". "El viento que, con mies en polvorosa..." "Yo, -que soy un hombre de escudos tomar..." Pero todo se levanta ante nuestros ojos provisto del vigor que el poeta verdadero sabe comunicar, a través de imágenes capaces de deletrear esté infinito de vida que llevamos sobre nuestros hombros.

19 de noviembre de 1972, en el periódico "El
Nacional"